

Boleta Mayo 29 de 1873 Año IX #1 Solo 3-1133
p. 3-6 en 12.12.11

mitir el Rey, y Rey galatunom, que la más soez canalla del mundo llene de contumelia aullando blasfemias y obscenidades en torno del Vaticano, al Jefe de doscientos millones de episcopales, que es al propio tiempo Jefe de sus infortunados vasallos.

Hemos visto á los grandes escandalizadores de la sociedad, á los escandalizadores de los niños; á aquellos de quienes decía Jesucristo: *tollo aquel que escandalizare á uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le pusiesen al cuello una piedra de molino y le lanzasen en el mar*, fraguar un plan satánico para arrebatarse la fe del alma de los inocentes fundando las escuelas laicas, no solamente en Colombia sino en todos los países hasta donde su maléfica influencia se extiende. Los hemos visto aquí, para cubrir sus protervos intentos, malbaratar las contribuciones de los pueblos católicos trayendo maestros protestantes, y procurar con ostentación de progresos en la enseñanza engañar á los incautos; y los vimos apandillados en un Congreso erigirse en doctores de la ciencia y de la moral, traspasando los límites de sus poderes constitucionales, decidir que para alimentar el alma de los jóvenes en la virtud se les propinara el materialismo de Tracy, y para formar patriotas y republicanos se les diera por norma el egoísmo de Bentham; esto es, que los futuros ciudadanos de Colombia debían ser un compuesto de la bestia y del salvaje, una especie de onagro montés que busque sólo el placer y huya del dolor.

Vimos á una nación en ántes hija primogénita de la Iglesia levantar en una plaza pública de la ciudad metropolitana del Imperio la estatua del Anticristo Voltaire con aprobación del Gobierno; y pasaron pocos meses, y sin grave causa se empuñó una lucha descomunal entre la Francia y la Prusia, con pérdida de vidas innumerables; y vimos al Emperador Napoleón, aliado del carcelero del

Papa y que tanto contribuyó al oratebato de los dominios de este, rendir el cetro de su dinastía al alemán, y á la nación más orgullosa del mundo comprar la paz con la entrega de parte de su territorio y una suma fabulosa en metálico, mientras que las águilas francesas entraban á Versalles cubiertas con el velo de la derrota. Estas son grandes desgracias, pero grandes ejemplos.

Hemos visto también cosas que conmuevan el corazón.

Novcientos Obispos á la voz de Pío corrieron atravesando los Continentes y los mares, de todas las regiones de la tierra, de la remota América, de la apartada Oceanía, del extremo Oriente, á reunirse en torno del sepulcro de los Apóstoles, para adorar sus corazones y llorar contándose sus penas y regocijarse refiriéndose sus alegrías, y establecer allí en el seno de la fraternidad lo conveniente á la Iglesia. Los libres-pensadores demócratas y republicanos, que no pueden tolerar la libertad ajena, bramaron, y su furor llegó al colmo cuando esa augusta Asamblea cuatro veces respetable por la ciencia, la edad, el sacerdocio y la virtud declaró dogma la infalibilidad del Romano Pontífice. Era dogma nuevo? la catolicidad lo había creído desde los orígenes de la Iglesia, lo mismo que el de la concepción inmaculada de la Virgen María.

Hemos presenciado un espectáculo sublime: á un anciano octogenario, armado sólo del escudo de su fortaleza, alzar la voz en medio del tumulto que forman las naciones revolucionadas por las doctrinas impías, y condenar sin apelación todo error, toda tiranía, toda iniquidad; las herejías de los libres-pensadores, la tiranía de los Césares, la iniquidad de las malas leyes, en presencia de los libres-pensadores, del César verdugo que lo crucifica y en frente de los Parlamentos que lo persiguen. Que las repúblicas y las monarquías, y todos cuantos Gobiernos puedan imaginarse, presenten

un ejemplo que pueda igualarse si quiera á este.

Hemos visto aparecer en nuestra Patria fecundada por el sol de la caridad, cientos de corporaciones católicas: Conferencias de San Vicente de Paul para socorro de los desheredados de los bienes de la tierra; Sociedades de señoras para la educación de los niños, y las de la Juventud Católica para enrolar en sus filas á los leales hijos de la Iglesia. Ecos de esos institutos y del sentimiento religioso, muchos y bellos periódicos han aparecido en las principales ciudades de Colombia. Escuelas y colegios católicos se fundan para neutralizar el daño que causan los establecimientos del Gobierno y, gracias sean dadas al Señor, se palpa la vuelta á los buenos principios, y es patente la reacción religiosa.

Nuestro humilde periódico, que entra hoy en el año noveno de su publicación, seguirá, ayudando á este movimiento, sin hacer caso de la voz de los contrarios, confiado, como siempre, en la benevolencia de sus amigos.

COLEGIO OSPINA. ✓ 3842

LLAMAMOS la atención de nuestros lectores al anuncio que con este mismo título publicamos hoy. El incremento que día por día va recibiendo este colegio, las nuevas é importantes materias de enseñanza que en él se dictan, y la suficiencia de los profesores, hacen de él uno de los mejores de la capital. Los padres católicos encontrarán allí ciencia provechosa para sus hijos.

✓ EL NUMERO 1.º DE "EL OBRERO." (3843)

"Y mudareis de parecer, y veréis la diferencia que hay entre el justo y el injusto, entre el que sirve á Dios y el que no lo sirve." Malaquías. III-18.
"Non est pax impiis, dicit Dominus Deus." Isaias. LVIII, 21.

TANTO *El Tradicionista* como *LA CARIDAD* han ejercitado su crítica en

estos días sobre ciertas frases y conceptos contenidos en un artículo de *El Obrero* suscrito por R. P., cuyas ideas traduce el primero por Rafael Posada, muy apreciable amigo del Director de *El Tradicionista* y nuestro.

Ambos críticos, necesariamente, lo mismo que nosotros, las relevantes prendas del señor R. P. y la nobleza de sus intenciones al emprender la publicación gratuita de un periódico popular, útil y juicioso, cuyo lema lo dice todo: RELIGION, PATRIA y FAMILIA.

El señor R. P. ha dicho en su artículo que no acierta á encuadrar las dos palabras *partido católico*, sin recortamiento y mengua del catolicismo y de la Nación. Sobre esto ha versado la crítica de *El Tradicionista*; crítica sabia, de mucho fondo y filosofía social; al mismo tiempo que urbana y comedida, cual se usa al discutir entre gente culta.

La crítica de *LA CARIDAD*, hecha bajo las mismas condiciones, ha recaído sobre estos dos conceptos del señor R. P. "que hoy en nuestra sociedad son únicamente las palabras y no su significación lo que divide á los hombres de bien, mientras que hablando con entera franqueza é independencia y sin ceder una línea de nuestros principios quizá no tardaríamos en entendernos." Estos hombres de bien de que se trata, son precisamente los liberales, porque con ellos es que nos hallamos en discentimiento.

El señor Redactor de *LA CARIDAD* ha demostrado de una manera incontestable, que nuestro discentimiento con el partido liberal no consiste en palabras sino en la sustancia de las cosas; en principios fundamentales sobre moral y religion; y por último, que el resultado apetecido por el señor R. P. acerca de la paz con los hombres de esa escuela es tan imposible como que para ello sería necesari-

rio que uno de los discentidores abjurara de sus principios.

LA CLARIDAD ha planteado la cuestión del *es y el no*; y es muy exacto que en lo que los católicos decimos, los liberales dicen *no* y viceversa, sin que pueda ser de otro modo; por que no de aquellos por los que exclama el Profeta diciendo: "Ay de vosotros que lo malo decís bueno y lo bueno decís malo, poniendo tinieblas por luz y luz por tinieblas." (Isaías V-20). Mas nosotros, como por vía de apéndice, vamos á agregar algo más á la dificultad, con manifestación de hechos y textos liberales.

Nosotros los católicos no pretendemos de los liberales que nos digan *es*. No exigimos de ellos que crean lo que nosotros creemos, ni que practiquen la religión como nosotros la practicamos; no los mortificamos ni menos los hostilizamos para someterlos á nuestras ideas religiosas, ni nos empeñamos en que eduquen á sus hijos en el catolicismo, antes hemos admitido el principio de que en las escuelas primarias no se obligue á aprender la doctrina católica á los hijos de los no católicos que se opongan á que se les enseñe; ¡ojala! los liberales tuvieran igual consideración para no obligar en las clases universitarias á estudiar las doctrinas anticatólicas á los hijos de los católicos. Nosotros no los estamos incomodando porque son masones, ni murmuramos porque gasten su plata en los banquetes masónicos, como ellos nos censuran porque gastamos la nuestra en dar culto á Jesucristo en las Cuarenta horas, diciendo como Júdas cuando vió ungr los pies del Señor con un bálsamo precioso, que mejor habria sido venderlo y dar su precio á los pobres. San Juan explica el celo caritativo de los de la escuela de Júdas. Nosotros no pedimos á los liberales sino tolerancia, ya que ellos han sido los apóstoles de la tolerancia cuando otros ejercían el poder público; En nuestros escritos no les pedimos que obedezcan

al Papa sino á la Constitución en punto á las garantías del artículo 15, para que no nos hostilien ni violenten las conciencias de los padres católicos, envienando las fuentes de la instrucción pública con las doctrinas materialistas y atecas, para pervertir á sus hijos, cuando no teniendo medios para pagar en los colegios privados se ven forzados á enviarlos donde no quisieran, y á donde no deberían enviarlos aunque se quedarán sin estudios, porque más vale entrar al reino de los cielos sin ojos y sin manos, que ser arrojados al infierno con ojos y con manos. (Mat. XVIII, 8 y 9.)

Quando escribimos con energía contra sus errores es porque se nos provoca con insultos, blasfemando de lo que tenemos por más santo y sagrado. Nuestras reclamaciones no son oídas, á todo se nos dice *no*, no hay cuartel para el catolicismo, ni menos para sus sacerdotes que tienen que sufrir las más horribidas calumnias y vejámenes; esta es su última palabra...

Nos entenderemos? No; el discentimiento no es porque no nos entendemos, sino porque nos entendemos demasiado.

¿Será que no se ha hablado con entera franqueza é independencia? Veámoslo.

"La escuela liberal á que pertenece, ha dicho el doctor Rójas Garrido, so halla en lucha á brazo partido con las preocupaciones del romanismo que hoy se llama en el mundo religión católica." Y los discípulos de esta escuela han repetido en *El Racionalista*: "El partido liberal no puede admitir el dogma católico, so pena de suicidarse... El partido liberal no puede ser católico sin renegar de sus principios."

Quien oiga esto, por allá en donde no nos conocen, pensaré que la lucha á brazo partido consiste en que los católicos queremos imponer á la raza la creencia católica á los liberales; pero nada de eso; es todo

lo contrario; es que usan el lenguaje inverso; son ellos los que luchan por imponer á los católicos el ateísmo.

¡ Quien los oye decir lucha á brazo partido con el catolicismo!

Sí; es verdad que estamos en lucha; pero no es la lucha como la de dos atletas del Circo, pretendiendo vencerse mutuamente; si no la lucha del que defiende su bolsa contra el saltador arrojado que se la arrebató; nuestra lucha es lucha de defensa. Dejen los liberales sus atentados contra nuestra creencia, y se acabó la lucha por nuestra parte. Pero esto es en lo que ellos no consienten. Ellos no toleran porque no se contentan con tener cuanto libertad necesitan para vivir como quieran, sino que quieren que todos pensemos como ellos y que todos vivamos como ellos quieren; lo que ellos pretenden es algo más que acabar con el catolicismo, es destruir toda creencia religiosa y establecer el ateísmo, porque toda religión supone la creencia en un Ser Supremo.

No exageramos; no caluniamos á la escuela liberal; ella misma lo ha dicho por boca de uno de sus más notables representantes, el doctor Rójas Garrido: "esa lucha, dice, no para llegar á tal ó cual secta protestante, que los consideramos absurdas todas, lo mismo que cualquiera otra, sino para restablecer el imperio de la razón humana."

La razón humana! La razón humana entregada á sí misma sin guía de lo alto, convierte á los hombres en monstruos incapaces de vivir en sociedad sin destruirse mutuamente. En pocos días del reinado de la razón en Francia, las cosas llegaron á tal punto que el mismo Robespierre, apóstol

de la razón humana, que están aduciendo al liberalismo porque creen que puede acabar con el catolicismo. Si eso sucediera, les parecería lo que á los jansenistas que se aliaron con los filósofos para destruir á los jesuitas, lo cual consiguió el resultado de la guerra de los diez años contra sus aliados. Lo que hemos inspirado del doctor Rójas Garrido puede verse en su escrito al *escribano* publicado en el *Mercurio* de la Guarnica.

de la Razon, espantado proclamó en alta voz el dogma de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Pero era ya tarde, y su cabeza rodó por la guillotina con las de otros cuantos apóstoles de la Razon.

¿Podremos, pues, llegar á entendernos los católicos con los liberales que juran luchar hasta imponer sobre la nacion católica el ateísmo? ¿podremos entendernos con el partido que se cree suicidado el día que admitiera el dogma católico?

No; no extrayamos el buen sentido popular con falsas ideas, aunque concebidas con las mejores intenciones. Convenimos, hasta cierto punto, en que los nombres nos dividen; pero es entre católicos ortodoxos y liberales en política, no de escuela doctrinaria. Esos no se entenderán con lo que lleve el nombre *conservador*, nombre de malos precedentes y de viejas antipatías para ellos; pero si se entenderán, (y ya lo estamos experimentando) con lo que se llama *partido católico*; cuyo principio es el único lazo de union entre la gente honrada para salvar la sociedad de la catástrofe comunista que la amenaza y que la sepultará en la barbarie.

Para entendernos, pues, con la parte sana del partido liberal es que se ha adoptado la denominación de *Partido católico*; es decir, la parte que no es liberal por odio al catolicismo sino por falsas prevenciones en política acerca del nombre *conservador*. Y hé aquí como venimos á reunirnos en un mismo punto del camino.

Nuestro amigo el señor R. P. nos perdonará la insistencia sobre esto asunto. Tenemos larga experiencia de nuestros adversarios. Nosotros, desde tiempos atras, cuando ellos eran nada y nosotros todo; les hemos hecho cuantas concesiones han querido: La legislación sancionada en tiempo de los conservadores lo está diciendo; así como la legislación sancionada en tiempo de los liberales está diciendo que no sólo no nos han

hecho concesiones por su parte, sino que no se ha pensado en otra cosa que en cercenar, en abolir nuestras libertades y derechos religiosos hasta reducirlos á la menor expresion, y todavía no se contentan con eso. En política nos hemos resignado á todo. Qué más se quiere?

TRIUNFOS DE LA FE.

Ego sum resurrectus et vita; qui credit in me, etiam a mortuis factus vivet.
Et omnis qui vivit et credit in me, non morietur in aeternum.
Joan. XI, 25, 26.

SEÑOR GABRIEL ROSAS.

Con el título que encabeza estas líneas ha publicado usted un escrito dirigido á los jóvenes católicos; y él ha puesto la pluma en la mano de un joven que se gloria de ser católico, para escribir el presente. Siendo usted mi hermano en Jesucristo, justo es que al verlo convertido bendiga yo la mano omnipotente que ha obrado tal resurrección, y que una mi gozo á su gozo por tan gran ventura.

Yo veo brillar en la publicación de usted la sinceridad del arrepentimiento, la sencillez de la fe, el fuego de la caridad y la firmeza de la esperanza. ¿Comprende usted, amigo mio, el tesoro que ahora posee? ¿No es á practicar esas virtudes á lo que hemos venido al mundo? Ellas son las gradas de la escala que conduce al Cielo; ellas hacen de la vida un Paraíso anticipado. ¿Qué es sin ellas la ciencia humana sino pura ignorancia? ¿qué, las riquezas sino miseria suma? ¿qué, el poder y la gloria sino humo que se desvanece al soplo de un niño? "Vanidad de vanidades; todo vanidad y aflicción de espíritu," dijo ya el Rey más sabio que han visto ni vorán los siglos. El cambio en usted es completo: hoy ama lo que ayer aborrecía, y aborrece lo que ayer amaba; afirma ahora lo que antes negó, y niega lo que antes afirmó; hoy es usted hijo sumiso de la Iglesia, ayer era su adversario. Y no habrá quien crea que usted ha pasado de la luz á las tinieblas; que ha retrogradado en la vía de la salvación? Veámoslo.

La cuestión es de creencias, y consiguientemente moral; porque toda creencia ha

de ser fecunda, y porque toda moral se apoya en creencias religiosas. Mas, "por sus frutos los conoceréis," dice el Evangelio; apliquemos, pues, este criterio á la doctrina católica y á la del libre pensamiento para ver de qué parte está la razón.

Todo hombre de sano entendimiento tiene que hacerse precisamente estas tres preguntas: ¿quién soy yo? ¿cuál es mi origen? ¿cuál es el fin á que estoy destinado? Y estas tres cuestiones, que dan origen á otras muchas relativas al mismo hombre y á todo el género humano, son todas de la mayor importancia. Pensemos que uno puede permanecer indiferente en presencia de los problemas que se desprenden de nuestra existencia; que no importa darles alguna solución definitiva, ó que cualquiera que se les dé ha de conducir á un mismo resultado; pensar esto, digo, y obrar consiguientemente, es abogar la voz de la conciencia, es renegar del sentido común, es abusar de la razón humana, precipitándose en la más honda sima que imaginarse puede.

Para el católico todas estas cuestiones están satisfactoriamente resueltas. Oigase lo que su religión le enseña.

Dios es el origen de todas las cosas, todas le están sometidas, todas han sido creadas para Él. Antes del comienzo de los tiempos no existía sino Dios; fuera de Él, la nada. Pero llega un instante en que de sus divinos labios brota una palabra, y el Universo colma los espacios; quiere, y millopes de espíritus purísimos forman su corte; manda, y todo lo creado le obedece; los cielos cuentan su gloria; y todo cuanto existe eleva hasta Él un himno perpetuo de humilde adoración. Tal es su poder, tal su sabiduría, tal su grandeza.

Un día, por la mente del más encumbrado de los ángeles cruza un sólo pensamiento de soberbia, y más rápido que su pensamiento es precipitado el soberbio desde lo alto del Cielo hasta lo profundo del averno: tal es la justicia de Dios.

Más, peca Adán, y al imponerse un castigo se le promete el Redentor; Adán es arrojado del Paraíso; pero puede conquistar el Cielo; un ángel con su espada de fuego le impide acercarse á las puertas del Eden perdido, pero un Dios-Hombre golpeará con su cruz para abrirle, de par en par las puertas del Eden eterno. Tal es la misericordia de Dios.

Y vendrá un día en que, rasgados los velos del misterio, verán todas las criaturas cómo resplandecen esa sabiduría, ese poder, esa grandeza; verán cuanta ha sido

la misericordia y cuánta es la justicia de Dios. Ese día será aquel en que en el ralaj del tiempo suene la última campanada de los siglos; aquel en que al horrisono clangor de la trompeta que se espacia por la región de los sepulcros, verá el ángel que se reanima el polvo de las generaciones que fueron, y que se levanta la humanidad entera como un solo hombre á presentarse á juicio. Si! que en aquel día se mostrará al Universo atónito la tremenda Majestad en cuya presencia el querubín tiembla y el serafín vela sus ojos!

Pues bien. La misma religión que tal idea nos da de Dios, nos enseña que el cuerpo del hombre es la obra de sus divinas manos que el alma es el aliento de su boca. Él hizo al hombre; continúa diciendo, á su imagen y semejanza: dióle inteligencia capaz de conocerle y voluntad libre capaz de amarle; hizole Rey de la Creación, sometido únicamente á Él; y quiso que el hombre le conociese, le amase, y le sirviese en el tiempo, para premiar su fidelidad dándole El mismo en posesion por una eternidad! Oh! si Adán hubiera correspondido á su altísimo origen, á sus inmortales destinos!

Mas, ay de Adán! ay de su descondencia en él representada! que hubo un día en que se miró desnudo, y ruborizado corrió á cubrir con unas hojas su desnudez; su mano no pudo ya levantarse para coger los frutos de la vida, y las lágrimas de sus ojos y el sudor de su frente tuyeron que fecundizar una tierra vuelta estéril por su culpa á fin de mendigar de ella el pan de su sustento; árbol ruinoso carcomido por el pesar y azotado por los huracanes de la desgracia, tronchóse un día para quedar sepultado bajo las arenas del Desierto.

Pero la promesa debía cumplirse, y en la plenitud de los tiempos so obra el prodigio de los prodigios. ¿No ois por los aires al són de celestes arpas el hosanna con que es saludado un niño cuya cuna son las pajas de un establo, cuya corte la forman humildes pastorcillos, y á quien, sin embargo, guiados por una estrella, vienen á adorar como Rey poderosos Reyes? Así, aterido de frío sobre el duro suelo, y oyendo en su honor el concierto de los Angeles; sin una piedra en que reclinar su cabeza, y recibiendo adoración de grandes Reyes; así, así debía venir al mundo el que durante toda su vida y en su misma muerte fué la más portentosa unión de la humillacion y la grandeza, de la debilidad de un hombre y el poder de un Dios.

Varon de dolores lo apellidaron los profetas, y lo fué desde la cuna hasta el sepulcro. Los sufrió todos, y con eso quedaron todos santificados. Pasó por el mundo haciendo el bien. Y cuando todo estuvo consumado, satisfecha la justicia divina y redimido el hombre pecador, en la cumbre del Calvario, levantado entre el cielo y la tierra pendia de una cruz el Salvador del mundo. Ante tal espectáculo el sol cubrió su faz, erugieron los cimientos de la tierra, y conturbado el universo entero hizo rodar por los espacios un doloroso gemido: Jesus habia expirado!

Más, han pasado tres días y los coros angélicos entonan de nuevo el hosanna que treinta y tres años antes hicieron oír sobre los campos de Bethlehem. Los cielos hasta entónces de bronce, abren sus diamantinas puertas porque en ellas va á entrar el que borró el pecado, el triunfador de la muerte. Jesus asciende á reposar en el seno de su Padre, y al presentarle el instrumento de su suplicio como trufeo de su victoria, preséntale tambien á los habitantes del seno de Abraham como priniicias de la tierra regada con su sangre. Desde aquel día no volvieron á cerrarse las puertas del Paraíso eterno, y no hay un solo mortal que no pueda entrar en él, con tal que viva la túnica de la inocencia, con tal que more bajo la sombra de la cruz.

Ahora preguntamos: ¿hay algo más sublime, más tierno, más luminoso que lo que nos enseña la Religión?

Digna de tales creencias es la moral que la Religión nos enseña; su regla no puede ser ni más sencilla ni más comprensiva: "Amarás á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á ti mismo." ¿Podrian citar los enemigos del catolicismo una ley más justa, más sabia, más completa? ¿una que haga mejor y más feliz al individuo y á la sociedad? ¿una que tenga más poderosa é ineludible sancion? Imposible! como quiera que ellos siempre hablarían de obras de los hombres cuando ésta es obra de todo un Dios.

Si la Religión por la fe arrebató nuestra alma hasta la luz inaccesible en que Dios habita y nos hace verla y conocerla, por el amor la levanta, la acerca, la une á Él, la diviniza; y el alma encendida así en el fuego del amor divino, arde en amor para con sus semejantes en quienes no ve sino hermanos, hijos de un mismo Padre, reanimados todos con la sangre del Cordero. Hé aquí la fuente de la